

Extasis y poesía, una flecha hacia la obra de Mishima

◆ Gustavo Martínez

En la práctica del *kyudo*—tiro al arco *zen*— no se trata de dar en el blanco. La meta es convertirse en la flecha. La técnica consiste en la ausencia de meta; la total entrega a la acción.

Al optar por su vocación, el escritor japonés contemporáneo Yukio Mishima se propone convertirse en esa flecha y dedicarse a la acción. La espada como metáfora viril de la pluma.

El 14 de enero de 1921, cuando Hiraoka Kimi-take —el verdadero nombre de Mishima— nace, la literatura socialista, que ha germinado en el país del Sol naciente desde comienzos de siglo XX, ha sido cortada en flor. Mientras tanto, el pequeño Mishima, quien pese a pertenecer a la burguesía media se hace pasar por descendiente de una familia de *samurais*, se educa en Gakushūin, la escuela por excelencia de la nobleza.

El joven mimado pronto es estudiante universitario y publica sus primeros relatos: la literatura japonesa asiste a una explosión de romántica exaltación nacional, que va preparando el camino de la Segunda Guerra Mundial. Antes de que esta confrontación acabe, Mishima ve en impreso su primer cuento, “El bosque en flor” (1941) y el ejército le destina a una misión suicida, de la que finalmente es relevado.

Violencia y erotismo

Publicada en 1949, *Confesiones de una máscara*, novela en que el protagonista proclama abiertamente su homosexualidad, lo ha de catapultar a la cima de las letras japonesas. A ella le siguen, entre otras, *La muerte en mitad del verano* (1953), *El tumulto de las olas* (1954) y *El pabellón de oro* (1956). La fuerza, junto con la violencia, la belleza, la muerte y el erotismo, son las principales preocupaciones de sus páginas.

Aclamado en Oriente y Occidente, viaja por primera vez a Estados Unidos en 1958. Agujoneado ante el nuevo Japón, anhelante de unos tiempos que no van a volver, en 1968 escribe *Por el camino del samurai* y *En defensa de la cultura*, sus obras más nacionalistas. Cuando esos mismos planteamientos lo llevan a pronunciar conferencias en universidades japonesas es abucheado por los estudiantes. No obstante, consigue fundar entre algunos de ellos una organización de extrema derecha llamada Asociación de los Escudos.

Finalmente, obedeciendo a los seculares códigos nipones de honor, el 25 de noviembre de 1970, tras el fracaso de un intento de sublevación militar dirigido por él mismo, se quita la vida ante las cámaras de televisión, por el rito *seppuku-harakiri*. Definición moderna





de la fama: un brillo, un resplandor en el firmamento, que dura unos instantes y al final se apaga; ilumina nuestros corazones durante un momento, aunque la memoria, quizás, quede más tiempo impresionada por la belleza de ese fulgor, de ese fuego artificial.

Coordenadas desde la estilística

La literatura moderna japonesa se inició bajo la influencia de la literatura europea. Fue evolucionando a través de ensayos y pruebas, llegando a su madurez, gracias a la contribución de algunos autores. Entre ellos, Yasunari Kawabata y Yukio Mishima.

La muerte de Mishima tuvo un impacto muy grande, pues dio lugar a que los medios de prensa cubrieran este acontecimiento desde diversos enfoques e interpretaciones, esencialmente políticos, relegándose a un segundo plano el significado y valor de su literatura. Pese a que, cuando en 1968 se anuncia el Nóbel para Kawabata, éste opina que no era el indicado para recibir el premio sino Mishima, como invitando —ya por aquellos años— a revalorar su obra.

El tema ofrece varias facetas. En primer lugar, y principalmente, está el hecho de ver a Mishima como un activista muy cercano al fascismo. Por otro lado, antes de su muerte ya estaban traducidas y presentadas en el mundo occidental algunas obras suyas tales como *El sonido de las mareas* y *Obras modernas de teatro Noh* (ambas en inglés y francés).

Estas obras seguían las pautas tradicionales de la literatura japonesa y ofrecían, por ello mismo,

cierto atractivo exótico. Pero, por otra parte, había en ellas un componente literario moderno que las acercaba a las literaturas occidentales.

Hombres de acción

Hay otro aspecto que cabe destacar en su obra. En *Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis* — el título de uno de los escritos filosófico políticos del polifacético Mishima—, entre uno de sus párrafos, entresaco el siguiente:

“La acción tiene el misterioso poder de compendiar una larga vida en la explosión de un fuego de artificio. Se tiende a honrar a quien ha dedicado toda su vida a una única empresa, lo cual es justo, pero quien quema toda su vida en un fuego de artificio, que dura un instante, testimonia con mayor precisión y pureza los valores auténticos de la vida humana [...] La acción más pura y esencial logra retratar los valores de la vida y las cuestiones eternas de la humanidad con una profundidad mucho mayor que un esfuerzo humilde y constante.”

Es Yukio Mishima uno de esos autores que fascina por su vida, una vida desgarrada en múltiples direcciones, lo que proporciona a su obra una riqueza impresionante: la contradicción entre la tradición cultural japonesa y la modernización occidental; entre el glorioso pasado imperial y la ignominia de la posguerra; entre la literatura, el teatro y las artes marciales; entre su vida personal y su militancia política. No es, por lo tanto, la mística oriental lo que encontramos en sus escritos, sino continuas referencias a la tradición filosófica y literaria occidental (Platón, Hegel, Cervantes,

Stendhal, Goethe...) en pugna o en consonancia con elementos japoneses –con los cuales no estamos familiarizados, salvo quizás los relativos al *karate do*.

En otro párrafo filosófico, Mishima escribe:

“¿Cómo es posible denominar “hombre de acción” a quien por su trabajo de presidente en una empresa hace ciento veinte llamadas telefónicas diarias para adelantarse a la competencia? ¿Y es tal vez un hombre de acción el que recibe elogios porque aumenta las ganancias de su sociedad viajando a países subdesarrollados y estafando a sus habitantes? Por lo general, son estos vulgares despojos sociales los que reciben el apelativo de hombres de acción en nuestro tiempo. Revueltos entre esta basura, estamos obligados a asistir a la decadencia y muerte del antiguo modelo de héroe, que ya exhala un miserable hedor. Los jóvenes no pueden dejar de observar con disgusto el vergonzoso espectáculo del modelo de héroe, al que aprendieron a conocer por las historietas, implacablemente derrotado y dejado marchitar por la sociedad a la que deberán pertenecer algún día. Y gritando su rechazo a semejante sociedad en su conjunto, intentan desesperadamente defender su pequeña divinidad.”

El heroísmo de Mishima eligió la acción de la pluma. Es en ella que debemos buscar su divinidad.

Metáforas del éxtasis rumbo al blanco

Elijo el tema de la vida y obra de Mishima frente al misterio del éxtasis y la poesía. La mirada del estilista debe ser crítica para extraer el valor que haya en un discurso; dejo ahora que el lector disfrute como final de este ensayo una cláusula tomada de *El joven que escribía poesía*, cuento que Mishima escribió en su juventud y cuya traducción al español se atribuye al novelista catalán Juan Marsé:

“Cuando estaba en éxtasis, un mundo de metáforas se materializaba ante sus ojos. La oruga hacía encajes con las hojas del cerezo; un guijarro lanzado a través de robles esplendorosos volaba hacia el mar. Las garzas perforaban la ajada sábana del mar embravecido para buscar en el fondo a los ahogados. Los duraznos se maquillaban suavemente entre el zumbido de insectos dorados; el aire, como un arco de llamas tras una estatua, giraba y se retorció en torno a una multitud que trataba de escapar. El ocaso presagiaba el mal: adquiriría la oscura tintura del yodo. Los árboles de invierno levantaban hacia el cielo sus patas de madera. Y una muchacha estaba sentada junto a un horno, su cuerpo como una rosa ardiente. Él se acercaba a la ventana y descubría que era una flor artificial. Su piel, como carne de gallina por el frío, se convertía en el gastado pétalo de una flor de terciopelo...”